

LA CONCIENCIA NACIONAL Y LA SOCIEDAD

Por SANTIAGO GONZÁLEZ-ALLER BALSEYRO

Sociedad moderna y conciencia social

Como es sabido, el hombre es social por naturaleza; para desarrollar sus actividades necesita de sus semejantes. El hombre es la razón de ser de toda convivencia social, por ello la sociedad debe estar al servicio del hombre.

Citemos algunas de las características más destacadas de la sociedad moderna.

La sociedad actual está sufriendo grandes cambios estructurales, tanto en sus principios y valores como en los fines a lograr.

La sociedad se ha visto sucesivamente transformada con la revolución industrial y ahora en la época posindustrial. Se ha pasado de la cultura de minorías a la de masas; la riqueza está más repartida, las clases sociales más diluidas, el poder político se ve más constreñido ante democracias que reclaman nuevas libertades.

La sociedad moderna es más consciente de los derechos del ser humano, y su conciencia se ha hecho más sensible ante los problemas sociales. En este sentido puede hablarse de una mayor conciencia social.

No obstante, la propia evolución social está llevando consigo una serie de fenómenos a los que se les deberá prestar buena atención, si se quiere ir hacia unas condiciones de vida más humanas.

La expansión industrial, impulsada por los avances tecnológicos, conduce con frecuencia a una sociedad de consumo, invadida por la propaganda, de forma que mientras algunos sectores de la población carecen de lo necesario, se crean necesidades superfluas. Puede que haya que preguntarse, si con este progreso no se estará convirtiendo el hombre en un mero esclavo de los propios productos que elabora.

También la expansión industrial lleva implícito un éxodo del campo hacia las grandes urbes. Lo que en un principio era una demanda de trabajo en el sector industrial puede convertirse, cuando se desatienden las condiciones de vida en el medio rural, en una huida hacia mejores expectativas, que pueden terminar en el ambiente de los suburbios donde espera el desempleo y la falta de vivienda.

Todo ello da lugar a otros fenómenos derivados como la demanda de alojamiento, que origina la especulación del suelo, e incide en los matrimonios jóvenes, que esperan en vano una vivienda digna. Esta espera les desmoraliza y se corre el grave riesgo de la degradación de la propia familia.

Otro fenómeno muy actual de la sociedad moderna es el de los movimientos migratorios. Personas, a veces de otras razas, procedentes de países menos desarrollados, emigran, ilusionados por una posible mejora en sus condiciones de vida, hacia los países más ricos. Ello lleva consigo una problemática social, que se está agudizando en Europa con los recientes cambios en los países del Este, y también más concretamente en España, frontera entre África y el continente europeo.

La degradación del medio ambiente es otra característica de actualidad, consecuencia de un desarrollo tecnológico e industrial descontrolado.

Para terminar con esta somera relación de lo que pudieran ser características de la sociedad moderna, no pueden quedar olvidados los que aparecen como problemas más acuciantes: el paro, la droga, la inseguridad ciudadana y el terrorismo; los tres primeros posiblemente interrelacionados y, en parte, puede que agravados por los fenómenos mencionados anteriormente.

No es fácil resolver todos estos problemas, ni se trata aquí de analizarlos. La propia dinámica de la sociedad lleva en sí la interacción de unos con otros.

Por otra parte, tampoco se trata de hacer sólo una valoración negativa, pues realmente la sociedad ha mejorado en otros muchos aspectos. La dedicación a la seguridad y justicia social, así como el respeto a las libertades individuales en Occidente, son cada vez mayores y se han

alcanzado elevadas cotas de bienestar social. Precisamente se destacan y preocupan más que nunca todos estos problemas por el hecho de existir una mayor conciencia social. A ello han colaborado los avances tecnológicos en los medios de comunicación social.

Lo que ocurre, paradójicamente, es que cuando la sociedad moderna trata de progresar y de buscar el desarrollo personal, las metas apuntan a un mero bienestar social como fin en sí, al tiempo que se degrada la persona en su dignidad. La búsqueda exclusiva del poseer, es un obstáculo para el crecimiento del ser; el crecimiento no es el último fin del hombre.

La problemática de la sociedad moderna, expuesta con anterioridad, no podrá solucionarse exclusivamente con un mayor bienestar. Es muy importante tener más y situarse en un nivel de vida más cómodo, pero esto no lo es todo. El hombre, junto con el ansia de bienes materiales, también lleva el deseo de realizarse en el terreno intelectual, cultural y espiritual. Quizás la característica más sobresaliente de la sociedad moderna sea una inversión en la jerarquía de valores que se ha impuesto. En el fondo es un problema de educación; es necesario tender hacia una educación más integral de la persona.

Valores y actitudes de la sociedad moderna

Otra forma de tomar el pulso a la sociedad, es observar los valores que defiende y las actitudes que adopta.

Como valores relacionados con la conciencia nacional podrían citarse, entre otros, el afecto ciudadano, el espíritu de defensa, la unidad entre los territorios, la cooperación, la defensa de su tradición histórica y el orgullo nacional. Otro valor que aglutina y favorece a la conciencia nacional es la religión, si bien existen religiones que exaltan y conducen a nacionalismos exacerbados.

La economía, cuando la riqueza está uniformemente repartida en las diversas regiones y los intereses son comunes, también es un valor importante que favorece a la unidad nacional; caso contrario puede convertirse en un factor desestabilizador.

Normalmente cuando la nación se ve amenazada y siente la necesidad de defenderse, es cuando aflora el espíritu de sacrificio y el sentimiento de unidad nacional aumenta.

Podría resumirse diciendo, que el grado de conciencia nacional está en proporción al grado de solidaridad de los ciudadanos.

Pero cuando realmente una nación puede contar con más elementos aglutinantes para mantener y elevar su orgullo nacional, es cuando los valores que defiende la sociedad son los fundamentales de la persona, y la actitud que adopta es la de inculcarlos permanentemente en el proceso educativo de los ciudadanos. Estas debieran ser las bases para conseguir la solidaridad nacional, que eleva el grado de conciencia nacional, con un sentido unitivo y nunca coactivo, al tiempo que se respeta el nunca bien apreciado don de la libertad.

El ser humano posee una conciencia cada vez más clara de cuales deben ser sus deberes y derechos, y trata de que aquellos queden reflejados en la legislación. Precisamente cuando estos derechos y obligaciones fundamentales de la persona figuran como valores esenciales, es cuando puede decirse que la sociedad ha alcanzado su plenitud.

Todo Estado debe respetar lo más íntimo del ser humano, como es su dignidad en relación a sí mismo y en relación a los demás.

El ordenamiento jurídico es posterior a los derechos fundamentales de la persona. Naturalmente tan importante son aquellos derechos como la exigencia de los propios deberes.

No existe una relación concreta, aceptada por todos, de los derechos fundamentales. No obstante, la inmensa mayoría está conforme con que deben derivar del orden o ley natural.

Resaltemos someramente algunos de los derechos fundamentales del hombre, más comúnmente aceptados:

- En el ámbito de la persona: el derecho a la existencia, al respeto a la propia persona, a la intimidad, a la buena fama, a la verdad, a la libre expresión, a recibir información objetiva, a la educación, a la cultura y a la libre elección del Estado.
- En el ámbito de la familia: derecho al matrimonio, a la procreación decidiendo libremente el número de hijos, a la educación de los propios hijos, a poseer bienes suficientes para la familia, y a la inviolabilidad del hogar.
- En el terreno económico: derecho al trabajo, a la elección de profesión, al propio sustento y a la propiedad privada.
- En el área sociopolítica: derecho a la seguridad jurídica, a la fijación de residencia, a la libre circulación y asociación, a la participación activa en la vida pública y al sufragio libre.

Junto a todos estos derechos están los respectivos deberes, por una parte, las autoridades públicas reconociéndolos, respetándolos y promoviéndolos

y, por otra parte, los ciudadanos obedeciendo las leyes. Actualmente, la llamada sociedad occidental, combina grandes logros en el bienestar, y en el establecimiento del derecho en lo social, con un excesivo materialismo, avivado por el consumismo. Ello deriva a un egoísmo causante de la insolidaridad.

Principalmente en el terreno económico y sociopolítico, este materialismo conlleva al fijarse metas exageradas que perjudican a los demás tanto en el orden personal como vecinal, regional, etc.

Por otra parte, no parece que el respeto y obediencia a la normativa legal, sea precisamente una virtud a destacar en esta época.

Hoy día se exalta el derecho a la propia vida y a la libertad, al tiempo que la sociedad demanda la despenalización del aborto y de la eutanasia; la vida vale poco en el terreno de la inseguridad ciudadana, y parece muy difícil deshacerse de la lacra del terrorismo.

Se reclama el respeto a la dignidad humana al tiempo que con frecuencia se arrasa a la persona en su derecho a la intimidad, en su buena fama, con unos medios de comunicación que, a veces, dan información subjetiva cuando no mercantilizada o subliminal.

Se respeta a la institución matrimonial, a la vez que aumentan los casos de separaciones y de divorcio y disminuye alarmantemente el índice de natalidad.

Se exige el derecho al trabajo y se resalta la dignidad del trabajador, cuando la sociedad fomenta la obtención de un beneficio fácil como meta en sí, no estando la finalidad del trabajo en la producción y en el desarrollo de la propia dignidad humana.

Podría resumirse como actitud de la sociedad actual, la de una gran exigencia de derechos, coincidente con una dejación de deberes, es decir, la de una pérdida de valores.

En estas circunstancias, la conciencia nacional sólo podrá mantenerse por puros intereses comunes, ya sean por razones económicas, por motivos de etnia o bien por un orgullo nacional tradicionalmente muy arraigado. No se puede imponer una conciencia nacional. Es necesario educar y formar a la sociedad en unos valores permanentes, morales, históricos, etc., que fomenten la solidaridad, única manera de aglutinar a una nación y llevar a sus ciudadanos a estar orgullosos de serlo.

El desarme moral es el peor que puede sufrir un pueblo; la historia da cuenta de ello, y a buena parte de la sociedad occidental le está siendo necesario un rearme moral.

Desarme y rearme moral

Resulta difícil referirse a la moral sin entrar a tratar conceptos permanentes.

En el contexto de «la conciencia nacional y la sociedad» podría hacerse referencia a la moral, entendida exclusivamente como aquella fuerza unitiva con que cuenta un pueblo, que le crea un sentimiento de nación, le hace defender sus intereses y de valorar su individualidad.

Sin embargo, la idea de moral puede ser más profunda desde un punto de vista ético.

Parece más interesante observar al mundo occidental, en cuyo entorno nos movemos, y tratar de ver cuál es el estado actual de su moral desde este punto de vista, cuáles son sus problemas y qué repercusiones pueden tener.

La sociedad, respecto a la moral, siempre ha tenido muchos y diversos problemas. Una gran mayoría parece admitir que ahora estamos en una crisis de valores.

Los problemas actuales, varios de ellos ya anunciados anteriormente, como el terrorismo, la inseguridad ciudadana, el paro, la droga, la exaltación al hedonismo y al sexo, que ha llevado a convertir a la mujer en un objeto de propaganda, el desprecio al derecho a la buena fama e intimidad, el materialismo y, por consiguiente, la insensibilidad en cuanto a la ayuda a regiones más pobres, pueden ser ejemplos de esta crisis moral.

Parece como si, en los países más civilizados, la razón hubiese perdido el norte al no reconocer el ser íntimo de las cosas. Al mismo tiempo va languideciendo el principio de finalidad. La ciencia, la técnica y el consumo se convierten en un fin en sí.

Vivimos en una sociedad en la que cada vez se quieren justificar más cosas, en la que parece que todo aquello que una persona pueda hacer tiene derecho a hacerlo. La ética pasa a ser subjetiva. Como dijo un filósofo: «No hay viento favorable para el que no sabe adonde va».

Quizá la civilizada sociedad en que vivimos debería meditar en sus orígenes, y establecer una norma mínima de conducta que apunte al orden más fundamental, como es el orden natural. La ley natural, contenida en el

hombre, le orienta sobre el deber ser y hacer. Para ser auténtico hay que actuar conforme al propio ser y a la propia dignidad, respetando la libertad.

Desgraciadamente se vive, hoy día, como si cualquier norma de conducta coartase la libertad, cuando ésta consiste precisamente en aceptar el orden natural tal y como se nos da. Es más, cuando el hombre actúa contra la naturaleza, ésta se revuelve contra él.

Como dijo el Premio Nobel doctor Heisemberg:

«La libertad de volar consiste en el conocimiento de las leyes de la aerodinámica. De igual modo la libertad en las decisiones de la vida, sólo es posible por la adhesión a normas éticas, y quien pretenda despreciarlas, como si fuesen una coacción, pondría sólo desenfreno en lugar de libertad.»

Actualmente, parece que la moral se compone sola de estimaciones subjetivas mayoritarias —influencia del relativismo y del positivismo jurídico—. Se puede negar cualquier verdad objetiva. La verdad aparece como circunstancial y está en aquello que expresa una mayoría. Hablar entonces de justicia, derechos humanos, etc., nos lleva al contrasentido pues, según aquellas teorías, estos conceptos que deben ser permanentes, pasan a ser opciones meramente humanas que pueden cambiar con el tiempo. En el futuro podría legitimarse el asesinato si así lo decidiese una mayoría.

Es la propia sociedad la que tiene que reaccionar, de forma que sea esa mayoría la que acepte unas normas éticas, en las que queden salvaguardados los conceptos fundamentales, los que deben pervivir en el ser humano, que los debe llevar impresos en la mente y llegar así a un rearme moral.

Estas deben ser las bases para poder tratar de conservar otra serie de valores, quizás menos trascendentes pero, en cualquier caso, importantísimos, como son todos aquellos que conforman a una nación como tal. Es difícil crear y sobre todo conservar una conciencia social y menos una conciencia nacional, cuando lo que está deformada es la conciencia personal.